XVI

Al entrar en su casa el comandante, notó que había luz en el cuarto de su sobrina y se dirigió á él.

Antes de llamar á la puerta se abrió ésta. Gilberta esperaba el regreso de su tío levantada.

Este, apesar de su turbación, se sorprendió al notar la palidez de su sobrina.

-¿No tienes sueño? ¿Qué te pasa?

-|Ah, querido tío, si supiérais!... |La pobre Cipriana!...

-¿Está peor?

—Sí, recibí una esquela del Conde suplicándome que fuera sin demora, pues la enfermita me llamaba... La señora Herblay me acompañó, para evitar que La Anguila de Melun...

Después, en un momento de expansión, le contó todo lo ocurrido en casa de Debray, sin ocultarle la escena á que había dado lugar Elena Morgan con su presencia.

Verdier olvidó por un momento sus penas, creyendo encontrar en el relato de su sobrina un nuevo peligro para ésta.

Había obrado bien acudiendo al llamamiento del señor de Montbrun; pero ¿no daría esto lugar á nuevas intrigas por haber ejercido un acto de caridad?

Al ver la resignación con que sufría su sobrina todo lo que de ella querían decir, se conmovió y la estrechó entre sus brazos, pidiéndola perdón por haberla sacado de París, en donde vivían tan tranquilos y sin que las malas lenguas se ocuparan de ellos. Después, y reparando de nuevo en la palidez de ésta, la volvió á preguntar si efectivamente no estaba enferma.

—No, querido tío; no tengo más que el disgusto natural por el estado de la pobrecita Cipriana, como os he dicho.

Y poniendo su diminuta mano sobre la frente del comandante:

-Vos sois quien tiene calentura; vuestra frente abrasa. ¿Habéis tenido algún nuevo disgusto en la reunión de esta noche?

—No... no... Me han contrariado un poco; pero eso no es nada. En todas las reuniones públicas, cuando se discuten cuestiones como la que traemos entre manos, hay siempre alguna desavenencia.

Verdier estaba ahora más tranquilo que cuando salió de la reunión. Los disgustos de su sobrina le hacían olvidar los suyos propios.

Se despidió de ella repitiéndose su propia divisa: Haz siempre lo que temas hacer.

Más animado después de su entrevista con Gilberta, se durmió pronto, y levantándose mejor dispuesto, bajó al jardín, en donde encontró á Emilio Ducasse vestido de blanco, hablando de política con un viejo aldeano que parecía muy taimado y á quien el jardinero de la señora Herblay tomaba de cuando en cuando para ayudarle en sus trabajos.

—¿Qué dicen de las elecciones, tío Buland?—le preguntaba Ducasse en aquel momento.

-No dicen nada, señor.

-¿Cómo que no dicen nada?

Verdier se había aproximado á ellos entre tanto.

—Es decir—añadió el aldeano,—se dice y no se dice. Unos dicen esto y otros dicen lo otro...

-¿Pero vos qué decis?

El aldeano no contestó.

—Creo que no dejaréis que os cambien vuestra papeleta, como os la cambiaron en las últimas elecciones, según me ha dicho el Sr. Cappois ¿No os acordáis de eso?

—Me acuerdo y no me acuerdo; pero lo que sí puedo aseguraros es que ahora no me la cambiarán. Aunque no sé leer, me la escribirá mi sobrino, que es tejedor.

-¿Tenéis papeleta?

—Sí, señor; recibí esta mañana un paquete muy abultado de ellas.

—¿De quién son?

—No lo sé; no he abierto el paquete. No sé si son buenas ó son malas. Lo que puedo aseguraros es que están dirigidas á mí.

—No votéis sin que las hayamos leído antes. Dádmelas á mí, y yo veré si son las que debéis votar.

—No tengo inconveniente en ello.—Y cogiendo la azada, cambió de conversación.—Esta tierra está muy mala de trabajar; todo se vuelve piedras y grama en ellas—dijo.

Ducasse, volviéndose hacia el comandante, le dijo encogiéndose de hombros:

-No insistáis, porque no adelantaréis nada.

—¡Ya véis que no insisto, puesto que ni aun le dirijo la palabra!—contestó Verdier sonriendo.

Según se alejaban, el joven Pitt se volvió, y señalando al aldeano, dijo al comandante con tono despreciativo:

—¡Es, sin embargo, de la masa electoral, como vuestros artilleros son carne de cañón! Se sirve uno de ellos; pero los desprecia.

—¡Perdonad!—se apresuró á decir el comandante con tono severo.—¡Yo he querido y respetado siempre á mis soldados!

Ducasse calló, pensando para sí que no era posible entenderse con un hombre tan poco parisiense y tan mojigato. «¡Vive con dos siglos de retraso este comandante!» Verdier, á quien la comparación entre sus compafieros de armas y la masa electoral había molestado, iba á separarse de Ducasse cuando un gran murmullo, casi una gritería, llegó á sus oídos desde la parte afuera del jardín.

-¿Qué pasa?-preguntó.

-¡Vamos á verlo, comandantel-dijo Emilio.

A algunos pasos del jardín, un numeroso grupo de hombres adelantaba hacia las verjas de éste, hablando en alta voz la mayor parte. En medio de ellos, sobrepujándolos á todos en estatura, se agitaba colérico Fournerel.

Al distinguir al comandante, se le acercó preguntándole si no iba al hospital de Melun á ver al pobre Marsioloux.

—¡Marsioloux!... Verdier no conocía á nadie que se llamara Marsioloux.

—¡Toma, pues es verdad! Os pido mil perdones, mi comandante; creía que sabiais ya...

Fournerel le contó todo lo ocurrido la noche antes; la herida del soldado, la de Tivolier y la caminata á Melun, añadiendo que el pobre soldado herido, que era Marsioloux, se alegraría mucho si el comandante iba á verle.

-¡Ya lo creo que irél ¡Al momento! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Verdier abrió la puerta y se lanzó entre el grupo, siendo saludado por la mayor parte de los que lo componían.

-Vengo de Melun—dijo Fournerel,—y no se habla en todo el pueblo más que del accidente de anoche.

Verdier reparó entonces en que el veterano tenía rodeado al cuello un pañuelo de seda, ocultando un vendaje que llevaba bajo él.

-¿También á ti te han herido?

—¡Bah! No vale la pena hablar de ello. ¡Un arañazo! ¡Qué vale eso comparado con las granadas de Sebastopol!

Verdier sentía ahora más horror que nunca hacia la política. ¡Pensar que cuatro majaderos ó imbéciles, que apenas si conocían de su existencia más que el nombre, le insultaran en todas partes, dando lugar á aquellas luchas y á que un pobre soldado estuviese en el hospital mal herido!...

—¡Qué queréis—decía Ducasse, siempre práctico y razonador como el señor de Berlemont,—el que algo quiere, algo le cuestal

El comandante quería enterarse por sí mismo de si el estado del soldado herido y de Tivolier era grave, y se dispuso á salir para Melun en el acto.

Ducasse adivinó en el tono con que Verdier se expresaba una algarada próxima del militar, visiblemente irritado, y se apresuró á preguntarle:

-¿Me permitís que os acompañe?

-Como gustéis.

Emilio empezaba á creer seguro que el comandante no llegaría á ser diputado, y la esperanza renacía en él más viva que nunca.

¡Ahl si le hubieran elegido á él—pensaba—¡cómo hubiera manejado á los electores y hecho saltar á Garousse!

Y sentía vivos deseos de decir á Verdier cómo se hubiera conducido él en su lugar. ¡Un simple aviso, por amor al arte!

—Hay que tener calma y no mostrarse demasiado brusco, comandante. Yo me mostraría más amable.

—¿Cómo brusco? ¿Demasiado brusco?...—dijo Verdier agitando el bastón, que sentía no haber llevado á la reunión el día anterior.—Decid más bien que he sido un ángel para lo que se merecen esos tunantes, que de tal manera me han tratado. ¡Pero ya se acabó todo eso, ya se acabó! Me canso ya de tanto miramiento.

—¡Perdonad, perdonad, amigo mío; no ha sido á vos á quien han atacado!

-¿Que no ha sido á mí?

-No.

-¿No fué á mí á quien acusaron de exacciones en Guelmá?

-No, comandante; no fué á vos.

-¿Pues á quién fué entonces, al Gran Turco?

-¡No, al candidato!

—¡Buena es esa! ¡El comandante Verdier y el candidato son una sola y única persona! ¡Quien insulta al uno insulta al otro!

-De ningún modo! Al comandante todo el mun-

do le respeta. Al candidato todo el mundo tiene derecho á discutirlo.

—¿Lo cual significa que un candidato es una bestia de carga, que puede y debe recibir los encontrones de todo el mundo, como ese pobre soldado, ese Marsioloux, ha recibido la cuchillada del otro loco?

—¡Qué queréis, comandante, esos son gajes del oficiol

—Pues bien; yo prefiero cualquier cosa á tales oficios. Lluevan balas si es preciso; las balas matan, pero no deshonran: la saliva y el lodo arrojados á la cara, deshonran y envilecen.

—¡Pues no hay más remedio, comandantel ¡Para ser diputado es preciso pasar antes por ser candidato!

—¡Buen provecho les haga á los que aspiren á ser diputados!...—dijo bruscamente Verdier, añadiendo con un gesto de disgusto, que presentó de pronto infinitas perspectivas á las ambiciones de Ducasse:—¡Yol...¡Ahl...¡Yol...

Y todo el odio que guardaba en el pecho parecía subírsele á los labios.

Ya en Melun, y al pasar por la calle de Saint-Aspoid, se vieron obligados á detenerse un momento, para poder pasar, á la puerta de una litografía, en donde había un grupo muy numeroso de gente contemplando algo que provocaba su hilaridad; ese algo era un Suplemento á La Anguila de Melun, recién impreso, en el que se veía un retrato á lápiz de un

personaje á quien Ducasse reconoció en seguida: un Don Quijote con su yelmo de Mambrino calado hasta los ojos, con insignias de comandante de artillería y arrastrando con un bramante un cañoncito de madera, sobre el cual cuatro mineros montados y unidas las manos como para elevar una plegaria, decían: ¡Salvados! ¡Gracias á nuestro Dios... y á nuestro viejo!

Debajo del retrato, que era una caricatura, se leía: ¡Paso á Don Quijote de la Mancha!, y un epigrama en verso firmado por el acólito de Garousse, «Germán Trouillard.» Este epigrama, que algunos repetían en alta voz para aprenderlo de memoria, acababa de completar la burla.

-¿Qué es eso?—preguntó Verdier, atraído por ese extraño magnetismo que empuja al hombre hacia todo aquello que puede hacerle sufrir.

—¡Nadal—dijo Ducasse tratando de que el comandante no lo viera.

Después, reflexionando que quizás esto pudiera contribuir á que renunciara á la candidatura, añadió:

—¡Después de todo, como un día ú otro lo habéis de verl

Y se detuvo con Verdier entre la gente que contemplaba la caricatura, la cual, al verle, se separó á alguna distancia, quizás por malicia, á fin de cotejar si el parecido era perfecto.

El comandante se puso lívido y tuvo que apoyarse en el bastón para no caer.